

DON JOSE CELESTINO MUTIS Y LAS EXPEDICIONES BOTANICAS ESPAÑOLAS DEL SIGLO XVIII AL NUEVO MUNDO

JAIME JARAMILLO ARANGO

Sentimientos de honda gratitud debe la cultura nacional al Departamento de Extensión Cultural y de Bellas Artes de la Biblioteca Nacional, y muy en particular a una de sus más entusiastas animadoras, doña Virginia Obregón, dama de tan delicada sensibilidad como señalada belleza, por su laudable iniciativa de presentar a las generaciones actuales, en este ciclo de conferencias, los valores de la Patria que en el campo así de las letras como de las ciencias contribuyeron con su obra a formar el patrimonio cultural de la nación, el mayor tesoro de cuantos pueda enorgullecerse un pueblo. Hora propicia y muy oportuna esta, en que en América entera y muy particularmente entre nosotros hase desarrollado ola tal de superficialidad y materialismo que sólo persigue el placer y el enriquecimiento, que amenaza ahogar lo poco que nos restaba como valor espiritual —nuestra inclinación por las disciplinas de la inteligencia, para despertar la memoria de quienes por el nombre de Colombia han hecho más que ningunos otros de sus hijos, comprendidos militares y políticos.

No entra, ni con mucho, dentro de mis propósitos, ensayar presentar la biografía de don José Celestino Mutis, menos aún intentar hacer un estudio crítico de su personalidad y de su obra; hombre excepcional, de vastísimo saber, médico, matemático, naturalista, teólogo, humanista, la vida y trabajos del señor Mutis han sido objeto de documentados estudios como los de Monseñor Federico González Suárez, el ilustre Arzobispo de Quito; don Diego Mendoza-Pérez, Rector del Externado de Derecho; don Federico Gredilla, Director del Jardín Botánico de Madrid, y su genio y marca sobre nuestra cultura han inspirado juicios y oraciones magistrales, como las de Monseñor José Vicente Castro-Silva, actual Director del Colegio Mayor de Nuestra Señora del Rosario, y del doctor Luis López de Mesa, hijosdalgo del galano decir y cimeras figuras de nuestra cultura y de nuestro saber. Apenas si como síntesis de lo que fue esa gran figura de la ciencia y de la influencia que para los destinos de Colombia significaron su presencia y enseñanzas de medio siglo entre nosotros, no resistimos al impulso de transcribir aquí aquellas sentencias de Linneo y del Profesor López de Mesa, en las cuales, en frases lapidarias, han grabado para la posteridad el boceto de lo que en el orden nacional e internacional representó esa gran figura humana, de múltiple actividad y a quien con justicia se ha considerado como artífice, aunque indirecto, no menos eficaz de nuestra soberanía nacional:

“nombre inmortal que edad ninguna conseguirá borrar”, dijo de él Linneo (1).

“...fue un regalo que la patria abuela nos hizo, más valioso que el oro de los quintos reales que en doscientos años de colonia le enviara nuestra tierra. Orquídea rara de la mentalidad española, de la estirpe racional de Aristóteles, de la escuela de Galileo y de Copérnico”,

escribió el doctor López de Mesa.

También don Florentino Vesga, para completar el cuadro, nos ha dejado de la figura física y moral de Mutis una descripción tan viva y majestuosa, que más parece óleo de pincel de hábil maestro:

“Estatura elevada, continente grave, modales fáciles y altamente corteses. Rostro noble, circunspecto, imponente, de forma oblonga. Mirada penetrante y concentrada, párpados superiores abultados, como los de todo hombre serio en sus meditaciones, en sus juicios, en sus palabras y resoluciones. Tal era la apariencia general de su respetable fisonomía. Cuando explicaba los principios y los corolarios de la ciencia, sus facciones, de ordinario recogidas, se expandían en el calor del entusiasmo y se bañaban en una dulce expresión de alegría. Hombre austero, sus planes se reducían a sus aspiraciones. Y tan eximio por su conciencia como por su genio, sus aspiraciones eran a la vez inocentes, grandes y santas: merecer la memoria de los hombres por sus servicios a la ciencia y la memoria de Dios por su fe y acrisolada virtud. Su mayor afán fue siempre servir al progreso humano, ofreciéndose como un dechado de prendas de moralidad y ofrendando a la causa de la verdad sus cualidades intelectuales. Tal era el hombre que fundó las ciencias en la Nueva Granada”.

Al aceptar temeroso el encargo en mí recaído de presentar en este ciclo de conferencias la figura de don José Celestino Mutis, uno de los más insignes hijos adoptivos de Colombia, lo he hecho en el propósito de desenvolver en él el tema histórico de una de las más grandes empresas a que su nombre estuvo asociado, la Expedición Botánica al Nuevo Reino de Granada, unidad de aquella serie de prodigiosas y no repetidas hazañas con que contribuyó España al adelanto de las ciencias en siglos pasados, faros del movimiento cultural de América durante la época Colonial.

Mas, no por capacidad, que no poseo, ni por especial conocimiento de la materia —mi oficiar en el altar de la botánica ha sido el de simple diletante, sino quizás debido a la inquietud que en quienes abrazan las disciplinas médicas éstas infunden a menudo, e inquietud que a unos, como a un Christopher Wren, el gran arquitecto inglés,

(1) “*Nomen immortale quod nulla aetas umquam delebit*”.

los conduce a estampar su genio en monumentos que siempre habrán de admirar los siglos; a otros como a Léon Daudet, Paul Bourget, Conan Doyle, Axel Munthe, Marañón, Julio Dantas, los lleva a espigar con maestría en el campo de las letras, y a unos últimos, finalmente —para no referirme a los médicos poetas, pintores, músicos, diplomáticos, etc.— como a Marat, Clémenceau, Sun Yat Sen, el fundador de la República China, arroja tempestuosamente en el campo de la política, es por lo que a mí se me ha asignado el honroso encargo que ante vosotros me presenta, no poco apartado de mis diarias disciplinas. Aunque bien podría, es cierto, traer al recuerdo en favor de esta mi divagación en este campo cómo de las Expediciones Botánicas Españolas del Siglo XVIII —la de los Reinos del Perú y Chile, comprendió entre sus miembros al gran médico y naturalista francés José Dombey, y las de la Nueva Granada, Nueva España y Cuba, estuvieron dirigidas por los médicos José Celestino Mutis, Martín de Sesse y Lacasta y Baltasar Manuel Boldó. Y, por qué extrañar esta admirable sinergia científica entre naturalistas y médicos, tan corriente en épocas pasadas, si el renombrado Príncipe de la Botánica moderna, el gran Linneo, vistió también la toga de los hijos de Hipócrates?

No menor interés que el desplegado en reconocer la extensión de sus Nuevos Reinos, y en llevar a ellos la llama de la fé y la luz de la civilización, despertó en España el estudio de la Historia Natural de sus nuevos dominios, y en ejecución de este anhelo, puede decirse que con el primer cronista oficial de Indias, don Gonzalo Fernández-de Oviedo, tuvo América su primer naturalista. Como es conocido, tan sagaz y prolijo escritor, dedica a la descripción de las riquezas del Nuevo Mundo varios de sus libros.

No es, con todo, Fernández de Oviedo el único de los cronistas en interesarse por los tesoros naturales del recién descubierto hemisferio; aquel, por el contrario, puede afirmarse, es por lo común el caso de todos los demás cronistas, y así el Padre José de Acosta, Fray Antonio Vázquez de Espinosa, Fray Antonio de la Calancha, Fray Bernardino de Sahagún y el Padre Bernabé Cobo, en sus Historias del Nuevo Mundo (2), consagran varias de sus secciones o libros a las plantas de América.

(2) Fernández de Oviedo, Gonzalo.: *Historia general y natural de las Indias, Islas y Tierra Firme del Mar Océano*. Madrid, 1851-55.

Acosta, José de.: *Historia natural y moral de las Indias*. Sevilla, 1850.

Vázquez de Espinosa, Antonio.: *Compendio y Descripción de las Indias Occidentales*. MS en la Biblioteca Vaticana, Colección Barberini, N.º 3684.

Calancha, Antonio de la.: *Coronica Moralizada del Orden de San Agustín en el Perú*. (Obra concluida en Lima en 1633 y publicada por primera vez en Barcelona en 1638).

Sahagún, Bernardino de.: *Historia de las cosas de Nueva España*. México, 1829-1830.

Cobo, Bernabé.: *Historia del Nuevo Mundo*. Sevilla, 1890-93.

No hubo de contentarse España, con todo, con la simple relación que de las riquezas vegetales de las tierras de Amerigo y del uso que a ellas daban los naturales —particularmente en la medicina y en la industria— hacían sus cronistas, conocimientos que en lo que a la parte médica respecta se encargó desde entonces de difundir en la Península y por ende en Europa, en su *Historia Medicinal de las Cosas, que se traen de nuestras Indias Occidentales que sirven en Medicina*, estudios empezados a publicar en 1564, aquella gran figura del Siglo de Oro de España que fue el doctor Nicolás Monardes. Ya en 1570, Felipe II enviaba a México a su Protomédico de Cámara Francisco Hernández “a estudiar y dar a conocer” las producciones naturales de la Nueva España. Hernández, nacido en Toledo, permaneció en México ocho años (1570-1577). Su obra, aunque ya resentida del malhadado sino que desde un comienzo persiguió a todas las Expediciones Botánicas que de Europa vinieron al Nuevo Mundo (más adelante habremos de ver en qué forma la fatalidad se abatió sobre la Expedición de Loeffling, con la prematura muerte del joven sabio; sobre la de La Condamine, con la pérdida de la razón de su botánico oficial Joseph de Jussieu, y sobre las de Carlos III al Perú y Chile, Nueva Granada, Nueva España y la Expedición alrededor del mundo), fue publicada y compendida parcialmente, en español primero, en 1615, por el Padre Francisco Ximénez, religioso dominicano, natural de Lima (Aragón), con el título *Quatro libros de la naturaleza y virtudes de las plantas y animales que estan recevidas en el uso de Medicina en la Nueva España* y después en latín, en 1651, en Roma, por Recchi, bajo el título *Rerum medicarum novæ Hispaniæ thesaurus seu plantarum, animalium, mineralium...* El trabajo todo de Hernández, según unos, se componía de 17 volúmenes; según otros, de 15: muchos de ellos se perdieron en el incendio del Escorial, en 1671. Otro incendio trágico, más tarde, en 1785, habría de destruir en Macora (Perú), todo el trabajo de dos años de labores de don Hipólito Ruiz en el Reino de Chile. Cinco volúmenes que, salvados del incendio del Escorial, se hallaron posteriormente en la Biblioteca de San Isidro en Madrid, fueron publicados bajo la dirección de don Casimiro Gómez-Ortega, en 1790, con el título *Historia Plantarum Novæ Hispaniæ*. “800 plantas nuevas y jamás vistas en esta región de España, muy al natural y representadas todas las partes y medidas”, llevaba en 1575 dibujadas en papel de marca mayor la Expedición de Hernández “y escrito de ellas grandísimas virtudes con increíble e inmenso provecho en latín y en romance”, según carta misma de Hernández al Rey Felipe (3).

Dos nuevos ilustres navegantes y cronistas españoles, interesados en las novedades y riquezas

(3) Hoyos-Sainz, Luis de.: *José Celestino Mutis*. Editora Nacional, Madrid, 1949. pág. 24.

de todo género del Nuevo Mundo, Jorge Juan y Antonio de Ulloa, recorrieron por mandato de S.M. por varios años la América Meridional, como acompañantes de la Expedición de Godin, Bouger y La Condamine, enviada al Ecuador en 1735 por Francia con el propósito principal de determinar la curva y forma de la tierra en relación con los polos, mediante la medida del arco de un grado del meridiano en la vecindad del ecuador. De Quito dicha Expedición fue a Lima y viajó extensamente por el Perú, explorando las fuentes del Amazonas. Aunque no un botánico profesional, La Condamine, como es sabido, se valió de su estada en el Ecuador para estudiar todos los hechos relativos a la renombrada "corteza de quina", y sus observaciones al respecto fueron consignadas en su Memoria "*Sur l'Arbre du Quinquina*" (4), la primera monografía conocida escrita sobre el ya famoso "árbol, palo o leño de calenturas" y su corteza, estudio que fue presentado a la Academia Real de Ciencias de París, en 1738, y que fue la principal publicación consultada por Linneo para establecer su primera clasificación del género *Cinchona*, dada a conocer en la "Addenda" que sigue el Apéndice del *Genera Plantarum*, de 1742. Como es también conocido, dicha clasificación fue modificada posteriormente por el renombrado botánico en 1767, cuando apareció la octava edición de su *Systema Naturæ*, basado sobre las muestras y el dibujo en colores que tres años antes le enviara Mutis, y que a éste regalara don Miguel de Santistevan, Director de la Moneda de Santa Fe. Con la consecuencia de que, como tales muestras y dibujo eran de una variedad de quina diferente a la descrita y dibujada por La Condamine —*Palo de Requesón, Quina amarilla* o *Cinchona cordifolia*, la del primero; *Cascarilla fina, Cascarilla de Uritusinga* o *Cinchona lancifolia*, la del segundo—, a partir de la última fecha la *Cinchona officinalis* no representa más la variedad dibujada por La Condamine (*Cinchona lancifolia*), sino la de Santistevan y Mutis (*Cinchona cordifolia*). En su *Supplementum Plantarum*, el hijo de Linneo acabó de perfeccionar la descripción del género *Cinchona* con nuevas informaciones suministradas por el mismo Mutis. Otro hecho de interés en relación con esta Expedición es que su botánico oficial fue Joseph de Jussieu, hermano de los otros dos grandes botánicos Antoine y Bernard, quien a su vez escribió en 1737 (5) un admirable estudio sobre el Arbol de la Quina, "*Description de l'Arbre à Quinquina*", trabajo que permaneció inédito hasta 1936, año en que fue publicado por la Sociedad de Elaboración de la Quina (6). La desgracia de Jussieu haber perdido la razón en

1744 cuando aún se encontraba en América, sin duda fue la causa del olvido en que su valioso trabajo permaneció por casi dos siglos exactos.

Antonio de Ulloa, célebre marino nacido en Sevilla en el año de 1716, muerto en la Isla de León en 1795, y Jorge Juan, como hemos hecho anteriormente mención, hicieron parte de la Expedición de La Condamine, contribuyendo a la realización de las exploraciones geodésicas y astronómicas encargadas a los académicos franceses. De su lado, Ulloa y Jorge Juan, atraídos por las riquezas de las producciones naturales de los países recorridos en los diez años que duraron aquellos trabajos, consignaron en sus obras *Relación histórica del Viaje hecho de Orden de S. Mag. á la América Meridional, &c.*, publicada en Madrid en 1748, y *Noticias Americanas* (esta última escrita individualmente por Ulloa), publicada en Madrid en 1772, informaciones de mucho interés para naturalistas y botánicos.

Interesada siempre la Corona Española, para entonces sobre las sienes de Fernando VI, en adelantar el estudio de la Historia Natural del Nuevo Mundo, destacó a este la segunda de sus Expediciones botánicas al mando ella de Iturriaga y Alvarado y para la cual, como naturalista, y previa consulta de consejo al padre de la botánica moderna fue designado Pedro Loeffling, el discípulo amado de Linneo, dándosele como auxiliar al doctor Benito Paltor, médico y naturalista barcelonés. Entre 1754 a 1756, el joven sabio sueco exploró la Guayana y las Provincias de Cumaná, en la Nueva Andalucía (Estados de Sucre y Bolívar en la actual división territorial de Venezuela). Loeffling enfermó de muerte de una fiebre intermitente en la Misión Capuchina de San Antonio de Murucuri: de allí fue llevado al pueblo de Caroni, cerca de la desembocadura del río del mismo nombre en el Orinoco, donde el 22 de febrero de 1756 falleció, a los 27 años de edad. Sus restos fueron enterrados al pie de la iglesia, a la sombra de un naranjo. Había nacido en Follforsbruch, en 1729. El Diario de Loeffling y su Flora, que algunos han llamado *Flora Cumanensis*, fueron póstumamente publicados, con una noticia biográfica y una reseña de su obra, por Linneo, en 1758 (7). El Príncipe de la Botánica dedica este volumen al señor D. Fernando VI para así "eternizar en la República de las letras la agradecida memoria del Glorioso Monarca, que le dio principio", según frase feliz de Mutis. Los dibujos o planchas de dicha Flora, elaborados por Juan de Dios Castel y Bruno Salvador Carmona, miembros de la Expedición, dice Colmeiro (8), se hallan en los archivos del Jardín Botánico de Madrid.

(4) Condamine, Charles Marie de la.: *Sur l'Arbre du Quinquina*. Histoire de l'Académie Royale des Sciences. Année 1738, págs. 226-243.

(5) La mayoría de los autores se inclinan a creer que Jussieu sólo llegó a Loja en 1739.

(6) Jussieu, Joseph de.: *Description de l'Arbre à Quinquina*. La Société du Traitement des Quinquinas. M. Pancier Editeur. París, 1936.

(7) Linnaeus, Caroli.: *Petri Loeffling Iter Hispanicum, eller Resa til Spannska Landerna uti Europa och América, forratad ifran Ar 1751 til Ar 1756*. Stockholm, 1758.

(8) Colmeiro, Miguel.: *La Botánica y los Botánicos de la Península Hispano-Lusitana*. Madrid, 1858.

Mas, sin duda, las más ilustres e importantes expediciones botánicas enviadas por España a estudiar la Historia Natural de sus Dominios de América fueron las tres grandes Expediciones destacadas por Calos III a sus tres Reinos, el del Perú y Chile, el de Nueva Granada y el de Nueva España, y la Expedición alrededor del mundo, dirigida por Malaspina, la que, aunque también planeada bajo el gobierno de aquel esclarecido soberano, solo se dio a la vela durante el reinado de Carlos IV, en julio de 1789. Si grande por más de un aspecto, Carlos III merece y merecerá siempre la gratitud universal por el patronato dado a estas empresas científicas, las más grandes que país ninguno haya en todo tiempo organizado.

La primera de las grandes expediciones atrás referidas en establecerse fue la Expedición a los Reynos del Perú y Chile. Esta fue creada por Cédulas Reales de fecha 8 de abril de 1777. Atendiendo al consejo de don Casimiro Gómez-Ortega, Profesor de Botánica y Director del Real Jardín Botánico de Madrid, fueron nombrados botánicos de ella don Hipólito Ruiz y don José Antonio Pavón, sus dos discípulos más asiduos y aventajados. Primero y segundo dibujantes de la Expedición, respectivamente, fueron designados don José Brunete y don Isidro Gálvez. A solicitud de la Corte de Francia, y a condición de que, para ser incorporado en el informe final de los botánicos españoles, a su regreso dejase en Madrid un duplicado de sus observaciones, Su Majestad otorgó igualmente permiso para acompañar a la Expedición al médico y botánico francés M. Joseph Dombey. Posteriormente, cuando en el Perú, el 14 de noviembre de 1784, el personal de la Expedición fue aumentado, incluyendo en ella a don Juan Tafalla, como botánico aprendiz y a don Francisco Pulgar, como dibujante aprendiz.

Después de una tentativa infructuosa de darse a la vela, la Expedición de Ruiz, finalmente, partió de Cádiz el 4 de noviembre de 1777. Su regreso tuvo lugar el 12 de septiembre de 1788. Para esta última fecha, Dombey había regresado ya: embarcóse éste de regreso en Lima en el navío "El Peruano", el 14 de abril de 1784, arribando a Cádiz a principios de mayo de 1785, después de una travesía de un año, que comprendió la vuelta alrededor del Cabo de Hornos hasta el Jeneyro, como entonces era designada la actual capital del Brasil y durante la cual más de una vez estuvieron a punto de naufragar. Las exploraciones y estudios de la Expedición comprendieron no solo una gran parte de los territorios de las hoy Repúblicas del Perú y Chile (Provincias de Canta, Cercado de Lima, Chancay, Huamalíes, Huánuco, Huarocherí, Tarma, Xauxa y Montañas de los Indios Carapachos, Chumataguas y Panataguas, regiones las últimas todavía entonces habitadas por tribus bárbaras, en el Perú; y Provincias de Rere, Concepción, Valparaíso, Santiago, etc., en Chile), sino que, en algunos puntos llegaron a tocar en los

de las Repúblicas del Ecuador y Bolivia, comprendidos entonces dentro del área del Virreinato del Perú.

La Expedición de don Hipólito Ruiz identificó y clasificó más de 2.000 plantas, de diferentes géneros y especies y dibujó en colores la mayor parte de ellas. Los resultados de sus trabajos fueron dados a luz en una serie de publicaciones que comenzando por su *Quinología, ó tratado del Arbol de la Quina, ó Cascarilla*, publicado en 1792, y seguidas por el *Prodrómo de la Flora Peruviana et Chilensis*; su *Descripción del Arbol conocido en el Reyno del Perú con el nombre de Quinoquino* [*Myroxylon peruiferum* L. f.] y su corteza con el de Quina-quina, muy distinto de la Quina ó Cascarilla; sus *Disertaciones sobre la raíz de la Ratanhia* [*Krameria triandra* R. & P.], de la *Calaguala* [*Polypodium Ccalahuala* R. & P.] y de la *China* [*Smilax* o *China peruviana* R. & P.], y acerca de la yerba llamada *Canchalagua* [*Gentiana Canchalagua* R. & P.]; sus *Réflexiones sobre la raíz de Serpentaria* [*Serpentaria virginiana* R. & P.]; su *Memoria sobre las virtudes y usos de la raíz de la planta llamada Yallhoy* [*Monnina polystachia* R. & P.] y la *Memoria sobre las virtudes y usos de la Planta llamada Bejuco de la Estrella* [*Aristolochia fragans* R. & P.]; el *Suplemento á la Quinología*; tres tomos de la *Flora Peruviana et Chilensis*; ocho del *Systema Vegetabilium* y casi media centena de publicaciones más fueron apareciendo de la fecha atrás citada, hasta la muerte de don Hipólito acaecida en 1816.

Lo anterior únicamente no fue la obra toda de la Expedición de Ruiz y Pavón. Sobre dicha Expedición llevó don Hipólito Ruiz una detallada relación o Diario (9), la existencia del cual era conocida por haber publicado de él, en 1931, el Reverendo Padre Agustín J. Barreiro, de la Orden de San Agustín, miembro eminente de la Real Academia de Ciencias Exactas, Físicas y Naturales de Madrid, un borrador incompleto, pero de cuyo texto definitivo se ignoraba su paradero. Correspondióme a mí, por gran suerte, encontrar este manuscrito en Londres, el cual, bajo el patrocinio de dicha Academia de Ciencias de Madrid, y merced a la Providencia, después de cerca de tres años empleados en copiarlo y corregir pruebas viene de ver la luz, en dos tomos, ilustrados con una serie de mapas manuscritos de la época, también inéditos.

Bien que un juicio comprensivo sobre el Diario de Don Hipólito se saldría de los límites de esta disertación, entre las aportaciones de particular interés histórico y científico que él ofrece al estudioso de hoy no podrían dejar de mencionarse,

(9) *Relación histórica del Viage, que hizo á los Reynos del Perú y Chile el Botánico dn. Hipólito Ruiz en el año de 1777 hasta el de 1788, en cuya época regresó á Madrid.*

cuando menos, sus interesantes observaciones o referencias relativas al "origen del río Marañón o de las Amazonas"; al "Levantamiento de Tupac-Amaru"; a la "Introducción de la Papa en Madrid, en 1662, bajo el nombre de Patatas manchegas"; a la "siembra, preparación y usos de la Coca [*Erythroxylon Coca* Lamb.]"; al "Descubrimiento de las Quinas en el Perú", en 1776; a su tentativa de extraer el principio activo de la corteza de quina, mediante la elaboración del "extracto", hecho acontecido en el año de 1780, treinta años antes de que, en 1810, Bernardino Antonio Gomes publicara su *Ensaio sobre o Cinchonino*, el primer compuesto extractivo obtenido de la quina, y cuarenta años antes de que Pelletier y Caventou, en 1820, aislaran la "quinina", el alcaloide de la planta, etc., etc., ello sin contar sus observaciones acerca del empleo que los naturales hacían de las diferentes plantas para el tratamiento de las distintas enfermedades, y que representan, sin duda alguna, la más valiosa de las contribuciones conocidas al estudio de la Medicina Aborigen Americana, *medicina herbolaria*, a la cual, recordamos, recurrían hasta hace aún pocos años nuestros ascendientes para el tratamiento de sus dolencias, y la que, infortunadamente, ante el asalto voraz de las, así llamadas, "medicinas de patente", ha ido desapareciendo por completo. ¿Cuántas de las realmente grandes medicaciones conocidas hoy —digital, emetina, quinina, queno-podio, cocaína, curare, opio, etc., para mencionar sólo unas pocas—, no se extraen del reino vegetal, y cuántas más no se conseguiría descubrir al llevar a cabo un estudio químico y experimental sistemático de las plantas empleadas por los aborígenes? ¿Cuántas de ellas no se encontraría que poseían una base más real y efectiva que muchas de las decantadas y publicadas "inyecciones que pasman la erupción o secan el flujo", los "extractos o comprimidos que son un alimento", los "elixires o jarabes que son un vino tónico", y mil y uno más específicos que a cada paso hoy aparecen apretujados en los estantes de flamantes farmacias y droguerías en todas las ciudades del mundo? Porque, y tal hay que reconocerlo así, uno de los complejos psicológicos de la época en que vivimos —época de afán, de sobresalto, de incertidumbre, de temor—, es la obsesión por la pérdida de la salud y de la muerte, y la del *específico* para contrarrestar tan temidos estados, complejo mental que el capital no ha sido lento en explotar haciendo de la industria de las drogas de patente (con el acero, el petróleo, el cine y las bebidas alcohólicas) uno de los cinco mejores negocios del mundo, y el cual está creando en la población de todos los países y en particular en nuestro pueblo, tan ingenuo como crédulo, y tan olvidado de la defensa oficial, a este respecto, una "drogomanía", en algunos casos casi tan trágica como la inclinación a las drogas heroicas.

Cómo parecen como escritas para hoy las palabras del personaje central de este estudio, don

José Celestino Mutis, a propósito de farmacias y ciertas prácticas médicas, hoy tan en boga.

Decía el señor Mutis en carta a su amigo y discípulo don Francisco Martínez-Sobral, médico de Cámara de Su Majestad, refiriéndose a las farmacias:

"... y yo acá hice una guerra formidable a las Boticas, cuya estimación ha decaído del grande imperio á que las avia elevado la ignorancia".

Y refiriéndose a ciertas prácticas médicas:

"Mil veces nos avran echado en cara que hacemos el papel de espectadores ociosos. A esto llaman los interesados y asistentes inacción del Médico, rezelando timidez o poca instrucción practica de remedios quando por otra parte ven a los activos y astutísimos charlatanes que á cada visita mudan de remedio..." (10).

Verdad que la historia se repite y que la humanidad es la misma en su esencia, aunque los tiempos cambien?

Según estadísticas, cuyas fuentes no he podido recordar para citar aquí textualmente, el pueblo colombiano consume hoy aproximadamente el trece por ciento de su salario en medicinas, muchas de las cuales, estoy seguro, hacen al paciente igual bien arrojadas al caño que tomadas, si es que no mayor beneficio, pues que no contrariarían el curso de la enfermedad o comprometerían los emotorios del organismo, para no insistir en el efecto de su impacto sobre el presupuesto de la familia.

La relación de la Expedición Botánica del Perú dejaría un gran vacío de no consagrar en ella un sentido recuerdo al "Jardín de la Buena Muerte", entretenido con tanto amor y celo en Lima por el Padre Francisco González-Laguna, jardín al cual iba enviando don Hipólito, desde los diversos sitios de su recorrido, las macetas de plantas que pensaba enviar vivas a España, y las cuales eran allí solícitamente cuidadas por el benemérito hijo de la Orden de los Agonizantes mientras se presentaba la ocasión de embarcarlas.

Don Hipólito nació en la villa de Belorado, Provincia de Burgos, y, como hemos dicho, murió en Madrid en 1816.

La Expedición Botánica al Nuevo Reino de Granada, cronológicamente, fue la segunda Real Expedición Botánica que en sus dominios americanos estableció Carlos III. Oficialmente esta fue creada en 1783. Su realización había constituido el sueño y obsesión de Mutis por cerca de veinte años. Ya

(10) Gredilla, Federico A.: *Biografía de José Celestino Mutis con la Relación de sus Viajes y Estudios practicados en el Nuevo Reino de Granada*. Madrid, 1911, págs. 93 y 94.

en mayo de 1763, tres años después de su arribo al Nuevo Mundo, Mutis dirigía al Rey desde Cartagena de Indias una representación, repetida un año más tarde desde Santa Fe de Bogotá, capital del Reino, en pro del establecimiento de una organización similar, empresa que solamente estaría dirigida a producir honores a la nación, utilidad al público, extensión al comercio, ventajas a las ciencias, nuevos fondos al Erario Real y gloria inmortal a Su Majestad; como un medio de atender al estudio del Arbol de la Quina, por forma que su explotación se hiciese de una manera más técnica, para que no fuera a escasear, y a fin de que al público, se la vendiese de la mejor calidad y al más bajo precio posibles; y, por último, como un deber de España hacia la humanidad, por haberla dotado la Providencia de posesiones tan extensas y tan ricas. Lo que, a través de sus repetidas súplicas durante el lapso de dos décadas, no pudo él conseguir de la Corona, la influencia del recién nombrado Arzobispo Virrey Illmo. Sr. Don Antonio Caballero y Góngora, lo consiguió en su nombre. Las Reales Cédulas que a su sueño daban realidad fueron promulgadas el 1º de noviembre del año referido. Mutis fue nombrado Director, primer Botánico y Astrónomo de la Expedición.

La participación del ilustre Prelado Virrey en el establecimiento de la Expedición de la Nueva Granada fue aún más directa: ya desde el principio del año citado, con fecha 1º de abril, ante la comunicación recibida del gobierno de la metrópoli en el sentido de que la Corona había concedido permiso a "cuatro viajeros que, a expensas del Emperador de Alemania, intentan recorrer ambas Américas para descubrir y recoger las curiosidades de historia natural", conturbado por la idea de que fuera a recaer en extraños el honor de adelantar el reconocimiento y estudio de las riquezas naturales del país, de prerrogativa propia y pagada de su bolsa privada, había él creado una Expedición Provisional, de la cual Mutis había sido igualmente nombrado jefe. Se ha dicho y repetido que quien debía encabezar el grupo de los "cuatro visitantes extranjeros" referidos era Humboldt, y si bien es verdad que atraído por la fama de la obra botánica que el naturalista gaditano adelantaba, en su viaje al Perú, en 1801, Humboldt desvió su ruta para venir a Santa Fe a visitar a Mutis, por el año en que la Expedición Provisional fue creada, 1783, no podía referirse a él la solicitud del Emperador Germano, pues que, para esa época Humboldt sólo tenía 14 años, como que nació en 1769.

La Expedición estableció su cuartel general en Mariquita o San Sebastián del Oro, como por la áurea riqueza de su suelo la rebautizaron más tarde por un tiempo los españoles, "ciudad al pie de los Andes del Quindío, en un valle fecundo y en las cercanías del río de la Magdalena", capital del antiguo dominio del Cacique de Marquetá y lugar donde pasara sus días últimos el Licenciado

y Capitán don Gonzalo Jiménez de Quesada. Colectando plantas y viendo de formar un jardín botánico, Mutis y su equipo trabajaron allí ocho años. Por consideraciones de índole diferente, entre ellas la de que el clima de Mariquita no parecía convenir a Mutis, la sede fue movida a Bogotá. Aquí, oficiosamente referida por algunos bajo la denominación de "Instituto Botánico del Nuevo Reino de Granada", la Expedición se convirtió en el centro de la vida académica del país. Humboldt, después de su visita a Bogotá, elogió el trabajo de Mutis y de Caldas en términos muy calurosos. Para entonces Mutis avanzaba ya en edad. Seis años más tarde, el 11 de septiembre de 1808, Mutis murió: 75 años tenía en ese momento. Como un tributo al sabio naturalista, en su obra *Plantæ Æquinoctiales* (1808), Humboldt y Bonpland publicaron un grabado de Mutis, enmarcado dentro de las ramas de la planta que Gronovius nombró en honor de Linneo, *Linnaea borealis* (a la derecha), y de la que Linneo hijo nombró en honor de Mutis, *Mutisia clematis* (a la izquierda).

Los miembros originales de la Expedición del Nuevo Reino de Granada fueron:

a) de la **Expedición Provisional**, creada por el Arzobispo Virrey Caballero y Góngora, el 1º de abril (1783):

Director:	José Celestino Mutis.
Segundo o Auxiliar:	Pbro. Eloy Valenzuela.
Dibujante:	Pablo Antonio García.

b) de la **Expedición Definitiva**, tal cual fue constituida por Cédulas Reales de 1º de noviembre (1783):

Director, primer Botánico y Astrónomo:	José Celestino Mutis.
Segundo o Subdirector:	Pbro. Eloy Valenzuela, Cura de Bucaramanga, de cuya jurisdicción eclesiástica escribió más tarde la Flora (<i>Flora de la Parroquia de Bucaramanga</i>), nacido en Girón.
Pintores o Dibujantes:	Pablo Antonio García, de Bogotá, quien por enfermedad se retiró en 1784. Pedro Caballero, natural de Cartagena. Fray Diego García, de Cartagena.
Auxiliares:	Pedro Fermín de Vargas, de Zipaquirá. Bruno Landete, español. José Camblor, geógrafo español.

La mayor parte de sus miembros, como se ve, eran colombianos.

Dos dibujantes adicionales fueron enviados posteriormente de España, ambos miembros de la Academia de San Fernando: uno, José Calzado, nativo de Málaga, muy hábil para miniatura y esmaltes; el otro, Sebastián Méndez, nativo de Li-

ma, quien había estudiado y trabajado en pintura en Madrid durante nueve años. Sus resultados, por falta de dedicación, infortunadamente, no probaron ser muy satisfactorios. Mutis se vio obligado a mirar en rededor en demanda de nuevos dibujantes.

Dado que la Escuela de Pintura de Quito, en el Ecuador, gozaba ya para entonces de merecida fama, a ella se volvió Mutis en solicitud de colaboradores.

Un grupo de cinco dibujantes fueron contratados para venir a trabajar a Mariquita, bajo la dirección de Salvador Rizo, habilísimo artista, nacido en Mompox (Colombia), quien desde el comienzo estuvo encargado de la administración de la Expedición y de la dirección de los pintores. Fueron ellos:

Antonio Cortés.
Nicolás Cortés (hermano del anterior).
Antonio Silva.
Vicente Sánchez.
Antonio Barrionuevo.

Por incremento de las labores de la Expedición y por enfermedad de algunos de los anteriores pintores, la nómina anterior de artistas quiteños se enriqueció más tarde con los nombres de nuevos artistas ecuatorianos, entre quienes figuraron:

Bernardo Rodríguez.
José Martínez.
Manuel Martínez.
Francisco Villaroel y Merino.
Mariano Inojosa.

Aparte de los miembros antes enumerados, directa o indirectamente, en una u otra posición, estuvieron asociados a la Expedición de Nueva Granada que, como hemos dicho, se había convertido en el centro de la vida cultural de Colombia, desviando las actividades intelectuales del país de los campos literario, jurídico y filosófico, hacia el terreno experimental de la investigación científica y hacia las ciencias exactas, algunos discípulos colombianos de Mutis, quienes más tarde alcanzaron celebridad. Entre ellos los más prominentes fueron:

Francisco José de Caldas, geógrafo, botánico y astrónomo, natural de Popayán, un sabio y un héroe. Personalmente, Caldas colectó para la Expedición cerca de 5.000 muestras de plantas del Ecuador.

Francisco Antonio Zea, nacido en Medellín, quien más tarde fue por cuatro años Director del Jardín Botánico de Madrid, y primer Enviado o Ministro Plenipotenciario de la nueva República de Colombia en la Gran Bretaña.

Jorge Tadeo Lozano, médico y naturalista eminente, natural de Bogotá, quien colaboró en la Expedición en la parte relativa a zoología y logró formar una bella colección de planchas en colores de aves y otros animales y escribió la *Fauna Cundinamarquesa*, en la que hace la descripción de animales del Nuevo Reino.

José Manuel Restrepo, connotado geógrafo y cartógrafo, natural de Medellín, quien estuvo asociado a la Expedición como miembro honorario.

José y Sinforoso Mutis, dedicados naturalistas, sobrinos del Jefe de la Expedición.

Como es únicamente natural, durante los largos años de existencia de la Expedición —cuya vida fue de más de un cuarto de siglo— varios otros dibujantes y pintores, de una y otra procedencia, tomaron parte en las labores de ésta: recordar sus nombres sería tarea larga. Mutis, inclusive, fundó entonces en Bogotá una Escuela de Enseñanza de la Pintura, la primera de la nación, en orden a preparar dibujantes para la Expedición, estimulando a sus alumnos más aventajados llamándolos a colaborar en las labores gráficas de ella, mediante la retribución remunerativa de algunas monedas. 15 artistas permanentes ocupaba la Expedición cuando Humboldt visitó a Bogotá. Eran estos:

Salvador Rizo.
Francisco Javier Matiz.
Antonio Cortés.
Nicolás Cortés.
Vicente Sánchez.
Antonio Barrionuevo.
Manuel Martínez.
Francisco Villaroel y Merino.
Mariano Inojosa.
Francisco Xavier Cortés.
Manuel Ruelas.
Manuel José Xirona.
Félix Tello.
José Joaquín Pérez, y
Francisco Javier Zavarain (oficial de pluma).

Un nombre, entre los anteriores 15 artistas, aparte del de Salvador Rizo, es digno aquí de mención especial: es el del famoso pintor colombiano Francisco Javier Matiz, natural de Guaduas, acerca del cual dijo Humboldt “que era el mejor pintor de flores del mundo”.

Toda relación acerca de la Expedición Botánica del Nuevo Reino de Granada quedaría asimismo incompleta si en ella no se hiciese mención de los colectores de plantas o “herbolarios” (según entonces se les llamaba), que durante el tiempo de la vida de aquella contribuyeron a recoger las muestras de vegetales que habían de servir de modelos a los pintores y sobre los cuales habría de redactarse la historia natural de la Nueva Granada, “grupo de herbolarios” que contó entre su número y tuvo por mucho tiempo por jefe a aquel caporal Roque Gutiérrez, natural de Caxica, quien acompañó a Mutis desde 1772, y a quien Mutis en sus Notas de Diario, después de hacer el elogio de su fidelidad, habilidad y devoción al trabajo, llama “mi insigne y amado herbolario”, muerto ahogado frente a Honda, en “Quebrada Seca”, el 4 de junio de 1785, a causa de una creciente del río de la Magdalena, que represó las aguas de sus afluentes.

Los principales de los herbolarios mencionados fueron:

Roque Gutiérrez.
Pedro Amaya.
Luis Estevan, y el vivo y diligente
Fetegua.

A pesar de la gran pérdida sufrida con la muerte de Mutis, la Expedición Botánica continuó trabajando activamente. Sinforoso Mútiis, sobrino del sabio, y Caldas después, estuvieron al frente de ella al desaparecer su fundador. Pero, desde el momento en que, en 1810, el primer clarín de la Independencia resonó a través del país y que, para conquistar su libertad, el pueblo neogranadino se levantó en lucha encarnizada, que duró nueve años —noble causa a la que Caldas, Rizo y Lozano heroicamente hubieron de inmolar sus vidas, víctimas de la crueldad del Pacificador—, la Expedición comenzó a paralizarse y a languidecer.

La tercera de las expediciones enviadas por Carlos III al Nuevo Mundo fue la de Nueva España. En un interesante trabajo, no ha mucho, el doctor Harold William Rickett (11) hizo de ella una documentada reconstrucción histórica, acompañada de una atrayente reseña biográfica del grupo de trabajadores que la integraron, rescatando así del olvido más de un hecho de valor acerca de la vida y personalidad de sus diferentes miembros, uno o dos de ellos caracteres un tanto peculiares, pero todos, cada quien en su esfera, igual que los miembros de las otras expediciones, hombres muy destacados. Vicente Cervantes, el afable y laborioso profesor, quien por 32 años ocupó en el recién creado Jardín la Cátedra de Botánica, abierta el día 1º de mayo de 1788 y ciencia que, en México como en otras partes, se había convertido en favorita de los intelectuales de la época. Martín de Sessé y Lacasta, el competente médico, organizador y director tanto de la Expedición como del Jardín, quien, como Mutis, por largo tiempo estuvo viendo de alcanzar de Su Majestad que "Ella se dignara por Su gracia establecer en esta ciudad (Mexico) un jardín real con una cátedra de botánica y estudiar las muy fértiles provincias de este Dominio...", y quien, mediante su perseverancia, determinación y habilidad, consiguió vencer todas las dificultades y obstáculos que la "burocracia estaba constantemente poniendo en el camino del trabajo de la Expedición", no siendo el menor entre sus méritos el haber comenzado sus trabajos por el estudio de la lengua de los Indios —la cual llegó a dominar perfectamente— guiado por el pensamiento de que esto le permitiría obtener de ellos directamente sus secretos sobre el uso medicinal que de las plantas hacían los naturales. José María Moziño (12), el brillante mexicano, nacido en Oaxaca,

cuyo amor por la botánica lo llevó a abandonar su carrera médica para abrazar aquella, y a quien vemos años más tarde en situaciones tan contradictorias, tal la de que, después de haber alcanzado el honor poco común de presidir por cuatro períodos consecutivos la Real Academia de Medicina de Madrid, verse obligado a abandonar a España a toda prisa, cuando la retirada francesa de dicho país, yendo a buscar asilo político en la ciudad de Montpellier, y posteriormente, tener que implorar la intercesión de sus colegas en Madrid para obtener permiso de regresar a España. Don Joseph Longinos-Martínez, naturalista, el puntilloso miembro de la Expedición, quien por once años consiguió seguir su voluntad de mantenerse aparte de sus compañeros, pero cuyo trabajo, sin embargo, fue de gran valor para la ciencia, como que consiguió reunir una importante y valiosa colección de minerales, animales y plantas. Jayme Senseve, el farmacéutico que, dando larga a través de toda su correspondencia a sus recriminaciones y quejas permanentes relativas a su sueldo, dejó uno de los mejores itinerarios reveladores de los movimientos de la Expedición, etc., etc.

La Expedición Botánica de Nueva España fue creada por Cédulas Reales del 27 de octubre de 1786. Este documento especifica que su propósito era "hacer dibujos, coleccionar los productos naturales, e ilustrar y completar el trabajo del doctor don Francisco Hernández". "Una segunda Cédula Real — fechada el 13 de marzo de 1787— viste estas generalidades de otros particulares, nombrando el personal científico de la expedición, y señalando sus emolumentos, privilegios y deberes. Una tercera, fechada el 23 de noviembre de 1787, establece ciertas direcciones sobre el funcionamiento del jardín, incluyendo en ellas un plan para la enseñanza de la botánica" (13).

Las líneas generales sobre las cuales fue organizada esta expedición fueron muy similares a las que sirvieron de directiva para el establecimiento de las de los Reynos del Perú y Chile y de la Nueva Granada. Todas tres fueron expediciones científicas, y las tres tuvieron como fin principal el estudio de la Historia Natural del Nuevo Mundo, en sus tres reinos —el mineral, el vegetal y el animal— asegurando en esta forma que "sus súbditos [los de Carlos III] disfrutasen de los beneficios que pudieran derivar de él, para el adelantamiento de la ciencia, y el incremento del comercio, las industrias y las artes".

"Por cuanto conviene a mi Servicio, y bien de mis Vasallos el examen y conocimiento methodico de las producciones Naturales de mis Dominios de América, no solo para promover los progresos de las ciencias Phisicas, sino también para desterrar las dudas, y adulteraciones, que hai en la Medicina, Pintura y otras Artes importantes, y para aumentar el Comercio, y que se formen Herbarios, y Colecciones de productos Naturales, describiendo y delineando las Plantas que se encuentren en aquellos mis fer-

(11) Rickett, Harold William, : *The Royal Botanical Expedition to New Spain in Chronica Botanica*, Vol. II, No 1. págs. 1-86. Waltham (Mass.), U.S.A., 1947.

(12) Moziño escribió siempre su apellido con "z", no con "c"; por manera que parece que esta debiese ser la ortografía que debiera prevalecer.

(13) Rickett, Harold William, : *Op. cit.*

tiles Dominios para enriquecer mi Gabinete de Historia Natural y Jardín Botánico de la Corte: He dispuesto pasen al Reyno de... Yo el Rey". (14).

Aparte de Cervantes, Sessé, Longinos-Martínez y Senseve, ya mencionados, los otros miembros originales de la Expedición a Nueva España fueron: Don Juan Diego Castillo, quien murió en 1793, y los artistas Juan de Dios Vicente de la Cerda y Athanasio Echeverría. Moziño se unió a la Expedición, como ayudante de campo, el 21 de marzo de 1790: oficialmente, sin embargo, sólo vino a ser miembro de ella, y esto en forma provisional, a la muerte de Castillo, cuando, el 24 de octubre de 1793, fue nombrado por el Virrey para suceder a éste. Su estatuto fue elevado al de miembro permanente cuando, un año más tarde, el 16 de septiembre de 1794, el nombramiento del Virrey fue confirmado por Cédula Real. Otro nuevo miembro auxiliar nombrado por la época que corre (1792), en calidad de disector naturalista, fue José Maldonado. Se deben igualmente durante el período de la Expedición al eclesiástico mexicano José Antonio Alzate algunas investigaciones sobre las plantas del país, y algunos dibujos de plantas y animales, trabajos que publicaba en la "Gaceta de Literatura". Como asimismo pintó para la Expedición, cuando ésta visitó a Cuba, José Guio, algunas de cuyas planchas aparecen en la colección de Néé.

La Expedición de Sessé y Moziño cubrió la mayor parte de México, de norte a sur, es decir, de los Estados de California, Sonora, Chihuahua y Nuevo León, a los de Oaxaca y Chiapas, y herborizó también en Guatemala (15), Nicaragua, Salvador, Cuba, Puerto Rico y otras islas del Atlántico: es decir en una extensión de más de tres mil leguas. La Expedición exploró además la Entrada del Príncipe Guillermo en Alaska, la Bahía de Bucarelli, las Islas de la Reina Carlota y Nurka y el Estrecho de Juan de Fuca, entre la Isla de Vacouver y el continente.

Sessé, acompañado de Moziño, regresó a España en 1803: en abril de dicho año se embarcaron en Veracruz. El resto de los miembros de la Expedición se quedó en México: Castillo había muerto en 1793; Longinos-Martínez murió en el año y mes de junio de 1803, en que la Expedición era esperada de retorno a Cádiz. Cervantes prefirió continuar al frente de su Cátedra de Botánica. De la Cerda y Echeverría no se conoce nada más. A su llegada a España, los directores de la Expedición llevaban consigo valiosas y preciosas colecciones, las cuales consistían principalmente de un considerable herbario y un gran número de planchas iluminadas y de dibujos a lápiz, hechos por los dibujantes de la Cerda y Echeverría, habilísimos artistas.

(14) Cédula de nombramiento de dn. Hipólito Ruiz, Jefe de la Expedición a los Reynos del Perú y Chile.

(15) A las herborizaciones de Moziño en Guatemala se debe su *Flora Guatemalensis*.

El texto de la Flora de Nueva España, *Plantæ Novæ Hispaniæ* y *Flora Mexicana*, estudiada por Sessé y Moziño, fue publicado por primera vez, por entregas, en 1886 y 1887, por la Sociedad Mexicana de Historia Natural, y reimpresso después, en edición completa, en 1893 y 1894, por la Secretaría de Fomento y el Instituto Médico Nacional del mismo país. La publicación, en ambos casos, infortunadamente, hubo de hacerse sin lustraciones. La *Iconografía* de la Expedición, que contaba con cerca de 2.500 láminas, malafortunadamente también, se perdió en Barcelona a la muerte de Moziño, en 1819: el médico que atendió a Moziño parece haberse quedado con ellas; desde entonces no ha sido posible volver a hallar marca alguna de sus huellas. Aquella, con todo, según es conocido, por lo que De Candolle refiere en sus Memorias, fue copiada en gran parte por el célebre botánico suizo, en circunstancias dramáticas. Cuando en Montpellier, Moziño prestó a De Candolle dichas ilustraciones, quien, usando de ellas, concibió la idea de publicar una especie de *Prodrómo* a la *Flora Mexicana*, describiendo particularmente las nuevas especies. Al decidir Moziño regresar a España, inesperadamente solicitó la devolución de dicho material a De Candolle, el cual, reuniendo entonces casi entera la sociedad de Ginebra, al menos toda persona que en ella tenía alguna noción de dibujo y pintura, en total cerca de doscientos artistas, en 10 días, llevó a cabo la copia de casi 1.000 (979) de las referidas láminas. Aunque la publicación del *Prodrómo* en cuestión nunca se llevó a cabo, De Candolle, es hoy casi unánimemente aceptado, se sirvió en no poco grado de esas planchas para sus descripciones de las plantas americanas.

El Herbario de Sessé y Moziño no corrió suerte menos movida, aunque afortunadamente, en este caso no fatal, como la de las planchas. La mayor parte de él se conserva en Madrid. Sin embargo, conforme se desprende de la correspondencia entre Pavón y Lambert y entre Pavón y el también célebre botánico Philip Barker Webb (16), Pavón vendió a Lambert, en 1823-24, y a Webb, posteriormente, dos apreciables colecciones de especímenes de plantas mexicanas. Al presente, partes de la primera colección se guardan en el *Herbario Delessert* (Ginebra), en el *Herbario de Kew* (Londres) y en el Departamento Botánico (Historia Natural) del Museo Británico, marcadas estas últimas *Herb. Pavon* (17), y la segunda en el *Herbario Webb*, del Instituto Botánico de la Universidad de Florencia. No habiendo estado Pavón nunca personalmente en México; no haciendo mención alguna, como no hace, en ninguna de sus cartas de quién fue el colector de dichas plantas, y siendo, como es conocido, que al ser destruido el edificio de la Academia de Me-

(16) Colección de cartas en *The Herbarium* (Kew Gardens) y en el *Instituto Botánico* de la Universidad de Florencia.

(17) Sprague, T. A.: Sessé and Moziño's *Plantæ Novæ Hispaniæ* and *Flora Mexicana*. *Kew Bulletin*, 1926.

dicina, donde Moziño guardaba sus colecciones, éste movió aquéllas a la Oficina Botánica de los renombrados autores de la Flora del Perú y Chile, existe la sospecha muy poderosa de que los ejemplares vendidos por Pavón pertenecían al Herbario de Sessé y Moziño.

Sessé murió en 1809. Moziño en 1819.

Una última gran expedición cierra la serie de admirables embajadas científicas con que Carlos III contribuyó a enriquecer los conocimientos universales y a adelantar el estudio de la geografía física, cosmografía y riquezas naturales de sus Dominios americanos en el siglo XVIII. Expedición que, conforme hemos dicho, bien que concebida y planeada por dicho ilustre Monarca, sólo se dio a la vela bajo el reinado de su hijo Carlos IV. Fue ella la expedición de cinco años alrededor del mundo de Malaspina, Pineda, Née y Haenke. Dirigida por don Antonio Pineda y Ramírez, militar y naturalista español nacido en Guatemala (1753-1792), además de oficiales distinguidos, hidrógrafos, etnólogos, dibujantes, disecadores, médicos y cirujanos, estaba ella integrada, como naturalistas, por Luis Née, botánico y explorador francés, naturalizado español, y por Tadeo Haenke (1761-1817), bohemio de nación. Hizo la expedición su recorrido en las corbetas "*Descubierta*" y "*Atrevida*", la primera al mando de Alejandro Malaspina (1754-1817), marino siciliano al servicio de España, nacido en Palermo, de la noble familia italiana de los Malaspinas, y la segunda al de don José Bustamante y Guerra.

Salió de Cádiz la Expedición de Malaspina a fines de julio de 1789, y enrumbándose hacia América, soltó anclas primero en el Uruguay. Del Uruguay descendió costeano la Patagonia, tocó en las Islas Malvinas, dio la vuelta al Cabo de Hornos, arrió a Chiloé, atracó en los distintos puertos de la costa pacífica de Sudamérica, bajó en Panamá y Acapulco, de este puerto la tripulación subió hasta la capital mexicana para continuar en seguida hacia California y Alaska. Regresando de Alaska otra vez a Acapulco, levó entonces velas hacia el hemisferio austral, tocando sucesivamente en las Islas Marianas, Macao, Filipinas, la Nueva Holanda (Indias Neerlandesas) y Australia. Del Lejano Oriente regresó de nuevo al Callao. Aquí los botánicos entraron a Lima, de donde Née, separándose de Haenke, quien determinó quedarse en el Perú, se encaminó a Talcahuano y a la Concepción de Chile, para seguir por tierra, atravesando las pampas argentinas, hasta Buenos Aires, y de allí a Montevideo, en tanto que las carabelas daban nuevamente la vuelta alrededor del Cabo de Hornos con igual destino. Reunidos nuevamente en Montevideo, la expedición hizo proa de regreso rumbo a Cádiz, bahía en la que fondeó en septiembre de 1794. La expedición alrededor del mundo herborizó por tanto,

proeza nunca más realizada por ninguna otra expedición, desde la costa occidental de Chile y la Patagonia hasta el norte de América (Colonia del Sacramento, la Patagonia, Chiloé, Valparaíso, Coquimbo, Copiapó, Arica, El Callao, Guayaquil, Panamá, México, California, Alaska, y nuevamente Chile y la Argentina), y en las Islas Marianas, Macao, Filipinas, Indias Neerlandesas y Australia. La muerte de Pineda, ocurrida cerca a Manila, en 1792, a los 39 años de edad, fue un rudo golpe para la expedición. Tadeo Haenke, como dicho atrás, decidió no regresar a Europa y en 1795 se radicó en Cochabamba (Perú), en donde estableció un jardín botánico y según algunos de sus biógrafos ejerció la medicina, y en donde el 17 de diciembre de 1817 murió accidentalmente, al confundir la india que lo atendía de una ligera dolencia, la botella que contenía el medicamento que tomaba con otra que contenía un reactivo químico, venenoso.

A su regreso a España, Née llevaba consigo siete volúmenes de notas, un herbario de cerca de 10.000 plantas, 4.000 de ellas nuevas y alrededor de 300 dibujos de José Guío (pintor, según hemos de ver, de la Expedición de Boldó), de Francisco Pulgar (quien, como hemos ya dicho, fuera pintor de la Expedición de Ruiz y Pavón), de dos pintores de apellido Roza y Lindo, y otros. Haenke, a su muerte, legó a su patria sus colecciones de plantas, cuya descripción fue publicada entre 1830-35 por Prest, con el título de *Reliquiæ Hænkeana*. Parte de los diarios de Malaspina fueron publicados en 1885 por Novo y Colson con el título de *Viaje político-científico alrededor del mundo por las corbetas "Descubierta" y "Atrevida" al mando de los capitanes D. Alejandro Malaspina y D. José Bustamante y Guerra, desde 1789 a 1794*. Malaspina murió en desgracia de la Corte española.

A dos últimas expediciones botánicas españolas del siglo XVIII a América nos resta hacer mención. Ella será breve. Fueron ellas la Expedición de Juan Cuéllar y la de Baltasar Manuel Boldó.

En 1789, Cuéllar fue enviado al Archipiélago Filipino por la compañía de estas islas, entidad bajo el patrocinio real, a promover varios cultivos, lo que verificó, dedicándose al mismo tiempo al estudio de los vegetales. A Cuéllar es debida la *Descripción del árbol que produce la Canela de Manila*, publicada en 1789. Por cuanto a Baltasar Manuel Boldó, médico y botánico aragonés, el gobierno lo agregó a la Comisión de Guantámano, encargada en 1796 de levantar los planos del Canal de los Güines, en la Isla de Cuba, con el objeto de que estudiase la vegetación y objetos naturales de aquel país. Como en el caso de Loeffling, en la Expedición de la Guayana y Venezuela; como en el de Longinos-Martínez, en la Expedición de Nueva España; como en el de Pineda, en la Expe-

dición alrededor del mundo, obligado y costoso tributo que en todos los campos el hombre ha tenido que pagar al adelanto de la ciencia, Boldó murió en La Habana, prematuramente, en el año de 1799. Alcanzó él, sin embargo, a dejar reunido un gran cuerpo de materiales botánicos, que sirvieron más tarde para editar la *Flora Cubana*. Fue pintor de esta expedición José Guío, quien, como hemos referido, pintó también para Sessé y Née.

PARTE SEGUNDA

Hecha la anterior reseña, sobre las expediciones botánicas enviadas por España a estudiar y dar a conocer los objetos naturales de sus dominios de América, en somera revista de conjunto dediquemos unas líneas a examinar los resultados de la Expedición de Nueva Granada, en la que, naturalmente, por tocar con nuestro país, estamos nosotros particularmente interesados.

Correspondió la Expedición del Nuevo Reino de Granada, desde el punto de vista de los resultados, á las esperanzas puestas en ella por la Corona Española, por el Arzobispo-Virrey Caballero y Góngora y por los sabios del mundo?

No únicamente comparados los resultados de la Expedición de Nueva Granada con los de sus congéneres más próximas, la de los Reynos del Perú y Chile y la de Nueva España, de frutos tan extraordinarios, sobre todo la primera, sino valorada en sí misma, triste es confesar que sus realizaciones se quedaron muy atrás de lo que fundamentalmente había sido de esperarse de ella. Mas, antes de adelantar ningún juicio crítico, queremos dejar diáfano establecido que al intentar nuestro análisis no hacemos alusión a la obra de Mutis anterior a 1783, cuando la expedición fue creada, la obra de un hombre de sobresaliente cultura para el medio y para la época —de un prototipo del enciclopedista científico, en el más elevado sentido de la acepción, y quien, por lo demás, encontró el más fértil de los surcos para sembrar su simiente en una nación —en ese entonces, por su extensión y por las dificultades de comunicación, casi un continente— la cual, por así expresarse, se encontraba aún en la noche de la ignorancia aborígen, y medio donde por entonces se levantaba una juventud especialmente brillante y ansiosa de saber, a la que el censor colonial, fundadamente bajo su punto de vista, conforme más adelante se demostró, representado aquel en el temor de ver germinar en los 'nativos' ideas peligrosas con las lecturas de la época, que en dicho caso eran particularmente las de libertad, cerraba celosamente el paso a la llegada de la revista y del libro. Esta parte de la obra de Mutis, como adelante hemos de ver, fue admirable, y ella es más que suficiente a merecer y justificar la glo-

ria con que su nombre ha pasado a la posteridad, y la gratitud y veneración con que él es guardado por los colombianos. Me refiero aquí solamente a la obra científica cumplida por la Expedición Botánica, en particular en lo referente a la parte botánica, y digo que ella fue pobre.

¿Dónde está, en efecto, aquella *Flora de Nueva Granada* que Mutis, en concepción de tan noble y majestuosa ambición, habló tanto de llevar a término para la gloria de España, adelanto de las ciencias y bien de la humanidad, obra que él planeaba en 13 volúmenes en folio, y sobre la cual el Azobispo-Virrey, Obispo de Toledo, en comunicación de 31 de mayo de 1783, al dar cuenta a S.M. de la *Expedición Provisional* decía que Mutis tenía escritos ya tres volúmenes, los cuales el gaditano prometió entregar terminados para 1786, habiendo tenido el Ministro de Indias, don Antonio Porlier, que reconvenir a éste, a través del Virrey Ezpeleta, en 1789, es decir tres años más tarde, por no haber remitido a la metrópoli dichos tres volúmenes? Todo lo que al respecto sabemos, es que en junio 3 del convenido año de 1786 Mutis todavía escribía al Virrey: "Deseo concluir, y espero verificarlo, mediante Dios, en todo este año, los tres primeros volúmenes, que, pasando por las manos de V.E. a las del señor Ministro de Indias, lograrán el honor de ser ofrecidos al Rey como a su legítimo Señor y Dueño". Por lo demás, es también conocido, de fuente informada, que "Mutis tampoco había enviado a España informe alguno sobre descubrimientos u observaciones propias realizadas en los veintitrés años anteriores a su nombramiento de Director de la Expedición, ni había dado a la imprenta más trabajo que *El Arcano de la Quina* (sin descripciones ni figuras) y algunos otros de importancia escasa..." (18), trabajos que más se relacionaban con la parte médica y comercial de las plantas respectivas que con la parte botánica.

¿Pero, dónde está siquiera esa *Flora de Bogotá*, que habría de abarcar no ya el estudio de la extensa población vegetal del Nuevo Reino de Granada, integrado no sólo por la Colombia actual sino por territorios de las hoy repúblicas del Ecuador y Panamá, reino que al norte comprendía hasta la Provincia de Veraguas, en los confines con Guatemala y al sur se bañaba en vasta zona en las aguas del Putumayo y del Amazonas, Dominio aproximadamente de 200 leguas de extensión de este a oeste, y con cerca de 600 de costas sobre dos mares, el Atlántico y el Pacífico, sino al relativamente muy modesto, en relación al área total del país y a lo realizado por las diferentes otras expediciones botánicas españolas del siglo XVIII venidas a América, de la vegetación de las provincias de Bogotá y algunas de sus confinantes?

(18) Barreiro, Agustín J., O. S. A.: *Epilogo en la Relación histórica del Viaje, &c.* del Botánico dn. Hipólito Ruiz. pág. 487.

¿Dónde están los escritos botánicos de Mutis que hoy consulta la ciencia?

¿Dónde los volúmenes suyos que enriquecen los estantes de las bibliotecas, así oficiales como particulares?

¿Dónde los géneros, especies o familias de plantas que Mutis descubriera, estudiara, clasificara y bautizara?

Pasemos una detenida mirada al *Index Kewensis*, la más completa compilación que sobre la materia hoy existe y concretemos si pasan de dos o tres docenas, entre los cuales se encuentran los géneros *Castilleja*, *Gomesia*, *Espeletia*, *Sobralia*, *Caldasia*, *Lozania* y *Valenzuela*, dedicados a sus profesores de botánica don Domingo Castillejo y don Casimiro Gómez-Ortega, al Virrey José de Espeleta, a su condiscípulo y médico de cámara del Rey D. Francisco Martínez-Sobral, a sus colaboradores y discípulos Francisco José de Caldas, Jorge Tadeo Lozano y Pbro. Eloy Valenzuela.

¿Qué fue del Jardín Botánico que él mismo decía "que debe haber para la conservación y cultivo de algunas plantas"?

¿Y ello todo cuanto sabemos que la Expedición de Mutis se extendió por un período dos o tres veces mayor al más largo del resto de las expediciones, que contó igualmente con personal auxiliar de todo género, contados los artistas pintores, dos o tres veces superior al de cualquiera de ellas, y, por último, que disfrutó también de medios económicos dos o tres veces más apreciables que los de ninguna de las demás?

Sé, sobradamente, que se me va a responder hablándome de la *Iconografía* de Mutis, que reposa en el Jardín Botánico de Madrid, uno de los mayores y más hermosos monumentos a la ciencia en su clase, el cual hoy, descontadas algunas pérdidas que por causas diversas se han presentado, se compone de 6.737 láminas o dibujos, repartidos en 44 grandes carpetas, 6.103 pertenecientes a la Flora, repartidas en 5.392 láminas en colores y 711 dibujos, correspondientes, según el Padre Lorenzo Uribe, a 2.696 especies, y que se me va a hablar de la pérdida de los escritos de Mutis, como por tanto tiempo estuvo perdida la *Relación histórica del Viage, &c.* de dn. Hipólito Ruiz a los Reynos del Perú y Chile, que yo no ha mucho tuve la fortuna de hallar en Londres, a la cual en página anterior hice mención.

En relación con la *Iconografía*, indiscutiblemente un grande y bellísimo documental pictórico, y al mencionar el cual no debe olvidarse que él fue la obra de 25 años de paciente y hábil labor de ese grupo casi olvidado de célebres artistas que la ejecutaron, los más grandes pintores nuestros de la época: Pedro Caballero, el cartagenero; Salvador Rizo, el momposino; Francisco Javier Matiz, el guaduense, para no mencionar a Pablo An-

tonio García, que con anterioridad a la expedición pintara tantos años para Mutis, quienes secundados por esa pléyade también de célebres pintores venidos de la Escuela de Quito, con dedicación y cariño sin pares, dieron a ella lo mejor de sus pinceles y desvelos; en relación con ella, digo, saben quienes no la conocen que casi ninguna de sus láminas revela la identificación de la planta a que corresponde y que en la gran mayoría se omitió dibujar los órganos anatómicos correspondientes (flor, estambres, semilla, fruto, etc.), sobre que descansa la clasificación botánica? Por manera que, para en la actualidad conseguir la determinación o tipificación de ellas, lo cual de otra parte requeriría la intervención de especialistas y consultores autorizados, como que la botánica como la medicina es hoy una ciencia de especialidades, sería necesario, ora enviarlas a un Museo de Historia Natural que posea un herbario suficientemente rico en plantas de la gran zona intertropical, que permita establecer su identidad por comparación, y de éstos apenas si hay dos o tres en el mundo (Kew Gardens, en Londres; el Chicago Natural History Museum, en Chicago; el Muséum National d'Histoire Naturelle, de París, etc.), bien traerlas al país y, tratando de seguir el itinerario de ruta de la Expedición Botánica, con la colección en mano, ir viendo de reconocer el árbol o planta que corresponde a cada lámina, si es que aún es posible realizar esto para muchas de ellas, obtenidas en lugares ayer selváticos y hoy convertidos en dehesas o destinados a cultivos, como que las floras se destruyen y reemplazan con el trabajo de la tierra, y más cuando la tala del bosque se hace por nuestros métodos primitivos del hacha y la quema. Optando más o menos por el primero de estos artificios, con base en la *Iconografía* de Mutis, consiguió Ellsworth Killip hacer una bella Monografía sobre las Pasifloráceas y las leguminosas, y más o menos sobre el mismo plano, según tenemos informado, con la colaboración del Jardín Botánico de Madrid, ya que parece que nosotros fuimos esquivos a brindarle la nuestra, intenta hacer la clasificación de nuestras orquídeas, calculadas en cerca de 2.800 variedades, el doctor Charles Schweinfurth, del Museo Botánico de la Universidad de Harvard, la más alta autoridad en la materia en el mundo, después de la muerte de Schlaechter, y quien ya escribiera una bella obra sobre las orquídeas del Perú. Lo anterior, sin mencionar con pena, aunque esto sea científicamente secundario —que no lo es por el aspecto histórico y sentimental— que apenas si la tercera parte de las láminas de la *Iconografía*, 1.270 en total, revela el nombre del artista que las ejecutó.

Mas suponiendo salvadas las anteriores lagunas, ¿qué de la descripción o texto que forzosamente debe acompañar la publicación de la *Iconografía*, si es que se quiere que ésta tenga verdadero valor científico, "Discursos Históricas y Descriptivos" que Mutis proyectaba colocar en

frente de cada lámina? ¿Qué hacer si el texto correspondiente no parece, y si al momento nada conocemos referente al habitat de una determinada planta (suelo, clima, altura y producciones del lugar donde nace), y de los usos y virtudes del correspondiente vegetal?

Se argumentará que puede escribirse. Se comisiona a un botánico que lo escriba o, mejor, a un grupo de botánicos, pues como antes decíamos, la botánica como la medicina, es hoy una ciencia de especialidades, y el problema queda resuelto. Pero, ¿tendría aquello el valor de la obra original del autor y de la época a que ella ha debido corresponder? ¿No sería esto un trabajo casi enteramente nuevo y moderno?

Queda abrigar la esperanza de que los textos originales de Mutis puedan aparecer y a este respecto el doctor Guillermo Hernández de Alba, quien a relieves y vindicar la memoria de Mutis, viendo de desenterrar y publicar sus trabajos, ha dedicado tantas vigiliadas y tan bellas páginas, no há mucho tiempo, en noviembre del año pasado, en el "Suplemento Literario Dominicinal" de uno de nuestros más serios órganos de la prensa periódica diaria, nos hacía el sensacional anuncio del hallazgo por él realizado "de las descripciones botánicas y de los diarios o protocolos de don José Celestino Mutis, buscados en vano desde hace más de un siglo" (19). Agrega sobre el particular Hernández de Alba: "En las determinaciones del sabio Mutis la botánica descriptiva quiere superar y supera a las maravillosas láminas. Puedo afirmar que al mismo tiempo en que en forma magistral se pintaban iconos de la preciosa *Flora de Bogotá*, su director los describía de manera microscópica, escrupulosa en sumo grado y en tal manera rigurosa que nada se escapó a su ojo avezado ni a su lente". ¡Dios permita que afirmaciones tan enfáticas correspondan a la realidad! Como también no há mucho el Pbro. doctor Enrique Pérez-Arbeláez nos participaba con gran arrebatado de entusiasmo, en el mismo diario, el descubrimiento del diario del Pbro. Eloy Valenzuela.

Bien que, naturalmente, temeroso de ir a errar, adelantando juicio sobre documentos que aún no han visto la luz, yo soy un poco escéptico acerca de que el texto ordenado de la *Flora* haya sido escrito nunca, bien que no desconozco que en su trabajo inédito, Sinforoso Mutis (20) afirmaba que los MSS de Mutis comprendían "570 descripciones de plantas muy precisas", y que igualmente no es concebible a la mente que Mutis no hubiese acopiado apuntes numerosos para llevar a término dicha publicación, tratándose del hombre que

(19) Hernández de Alba, Guillermo.: *La Obra Científica de Mutis* en el "Suplemento Literario" de *El Tiempo*. Bogotá, noviembre 11 de 1951.

(20) Mutis, Sinforoso.: *Introducción a la Historia de los árboles de la Quina*. MS inédito en la Biblioteca del Jardín Botánico de Madrid.

en tal realización había cifrado la aspiración máxima de su vida, y de persona que al frente de la expedición permaneció 25 años. Relativo al alcance y valor de los manuscritos hallados por el doctor Hernández de Alba, yo me pregunto si ellos no hacen relación a estas 570 descripciones de que habla Sinforoso Mutis, y quizás a algunos otros apuntes anteriores a la fecha propiamente dicha de la expedición, y si aquellas a su vez no corresponden únicamente a los traídos y llevados tres volúmenes a que ya hemos hecho referencia, que Mutis había dicho al Virrey que tenía casi concluidos cuando éste decidió crear la Expedición Provisional, y que luego le repetía en 1786, "que deseaba concluir, y esperaba verificarlo, en todo ese año". De ser así, ello ya representaría un valor documental y científico, aunque reducido con relación a los 20.000 ejemplares de que se dice se componía el herbario de Mutis y a las 6 o 7 mil láminas que dibujó la expedición. Por cuanto al Diario del Padre Eloy Valenzuela, que quizás yo fuera de los primeros colombianos en tener en la mano, antes del redescubrimiento que de él se ha hecho entre nosotros, tal volumen sólo abarca el trabajo botánico (sin figuras ni ilustraciones) correspondiente al primer año de la expedición, del 22 de abril de 1783 al 8 de mayo de 1784, que fue el tiempo que en la expedición colaboró el ilustre prelado gironés. Dicho diario, por lo demás, si interesante por que revela la iniciación de los trabajos de la expedición por la Provincia de la Mesa de Juan Díaz, consignando la toponimia de los lugares según el nombre de la época, y por que describe en algunos detalles generales la vegetación de la comarca, no representa con todo, propiamente, un verdadero trabajo científico de ordenación y clasificación botánica.

¿Cuáles son las razones que nos llevan a dudar de que el texto de la *Flora de Bogotá* nunca fuera escrito? Son estas, de una parte, el hecho de que tal texto nunca ha sido hallado, no obstante haber sido diligentemente buscado por acuciosos investigadores y, de otra, las declaraciones que al respecto tenemos de testigos tan excepcionales como son Sinforoso Mutis, el sobrino preferido del sabio gaditano; Salvador Rizo, su colaborador durante 30 años y persona que debía inspirar a Mutis tanta confianza como que lo instituyó su albacea testamentario, y Francisco José de Caldas, el discípulo amado. Es más: en orden a justipreciar el valor del testimonio de estos varones, recordemos en qué circunstancias fueron ellos pronunciados, cuando los tres están en la cárcel acusados de conspiradores, esperando, los dos primeros, ser de un momento a otro condenados al patíbulo, y sabemos que Rizo pagó igualmente con su vida su ideal de libertad, y Caldas, cuando él sí estaba ya condenado al cadalso.

Veamos lo que, bajo declaración jurada tomada el 30 de julio de 1816, dice al respecto Sinforoso Mutis:

"La mayor parte de las láminas están determinadas científicamente por el exponente, pues su tío no hizo este trabajo, lo que hace presente por si ha cometido algún error, que no es difícil en una ciencia tan vasta y dificultosa...". (21).

Don Salvador Rizo, en declaración tomada el 31 de julio de 1816, dice:

"Que tiene entendido que el doctor Mutis no escribió la obra científica de la Flora; aunque sí le consta que dejó muchos borradores y apuntes concernientes a ella". (22).

Y Francisco José de Caldas, en su representación dirigida al Pacificador Pascual de Enrile desde la Mesa de Juan Díaz, fechada el 22 de octubre de 1816, una semana antes de ser ajusticiado, pidiendo que le conmute la sentencia de muerte, a fin, principalmente, de que no se vaya a perder la obra de la expedición, representación cuyos términos ratificara la víspera de su muerte, expone:

"...El Sr. Mutis fue un sabio que más meditaba que escribía; y es un dolor ver tantas láminas preciosas sin los escritos que les corresponden. Este botánico conoció bien este vacío y resolvió llenarlo de esta manera. En 1805 me llama con rapidez de Quito, en donde me ocupaba en herborizar, medir y observar, y en la primera conferencia me explica sus miras, que eran de ocuparse seriamente en trasladar a mi espíritu todos sus descubrimientos y todas sus ideas. Tres años y medio gastó este sabio en imponerme de su Flora y en comunicarme su ciencia botánica. Sus grandes ideas sobre la reforma del sistema, sobre sus apotelogamas, sobre las Quinas, & solo están depositadas en mi corazón. ¡Qué diré a V.E. sobre mi grande obra intitulada *Cinchona*, en la cual la quina se presenta bajo los aspectos más nuevos y grandiosos, capaces de hacer honor a la Nación! Perdóneme V.E. que tome este estilo elogiador de mis cosas: no es la vanidad lo que me lo inspira, es el deseo de que V.E. conozca lo que tiene encerrado mi corazón. Apenas puedo apuntar a V.E. mis ideas: pueda ser que tenga oportunidad de hacerlo con más reposo en esa Capital...". (23).

Es posible que hombres que en la intimidad con Mutis vivieron y trabajaron tantos años hubiesen podido ignorar que él estaba escribiendo el texto de la *Flora de Bogotá* y que de cada planta que era dibujada él preparaba su descripción y catalogación científica? Si tal así hubiese sido sería de confesar que ello constituye un caso único en su género, y que Mutis verdaderamente era el temperamento reservado y egoísta de que con desabrimiento se le acusó repetidas veces. Como se quiera, no es este el caso corriente entre maestro y discípulos, entre jefe y colaboradores.

Si las anteriores testificaciones no bastaran, recordemos lo que Mutis mismo contesta al Virrey Ezpeleta cuando al transmitirle éste la reconvención del Ministro de Indias, don Antonio Porlier, de fecha 27 de octubre de 1789, relativa

(21-22) González Suárez, Federico.: *Memoria Histórica sobre Mutis y la Expedición Botánica de Bogotá*, & Quito, 1888. pág. 87. Nota 15.

(23) González Suárez, Federico.: *Op. cit.* págs. 98-100. Nota 7, párrafos 3 y 4.

a no haberse recibido en la Corte los tres volúmenes ofrecidos por su director al crearse la expedición, "por el contrario, que siquiera no se haya dado desde la citada carta de mediados del año ochenta y seis la menor noticia ni de estas obras, ni de los progresos que debían esperarse rapidísimos y muy próximos de una expedición tan favorecida,..." y ordenarle que traslade la sede de la expedición de Mariquita a Bogotá:

"La superior orden de V.E. en que me manda que á la mayor brevedad me transfiera á la Capital con mi oficina y dependientes, a fin de no distraerme en otros asuntos que en la conclusión de la Flora de Bogotá, supone por una parte que mi residencia en esta ciudad [Mariquita] es puramente arbitraria y sin designio directo de los progresos de la Flora; y por otra parte indica no habersela manifestado a V.E. la multitud de comisiones del Real servicio, con que el Ministerio mismo y el Jefe de este Reino antecesor de V.E. el Arzobispo Virrey multiplicaron los eslabones de la pesada cadena, que siempre me ha hecho gemir por las quiebras de mi salud contraídas en el Real servicio; pero sobrellevandola con resignación y gusto por las satisfacciones de otro tiempo, que acompañan á cualquier hombre de honor hasta rendir la vida". (24).

Y lo que el deán don Francisco Martínez, a quien el Ministerio de Indias, inquieto por la suerte del progreso de la expedición, de cuyos trabajos hasta entonces no había recibido muestra ninguna tangible, le diera la comisión de informarse confidencialmente del estado y marcha de aquella, escribe en carta del 19 de mayo de 1793 al Ministro don Pedro de Acuña:

"Usando conmigo dicho Director de una confianza que no le ha debido ningún otro, por ser su genio muy reservado, me franqueó toda su oficina y cuantas láminas tiene trabajadas en el ramo de la botánica, que es el único que ha podido abrazar y en el que sigue actualmente sus observaciones..."

"Lo que vi no fue más que lo correspondiente a las láminas de Botánica, que son de considerable número y exquisito primor. Pero, habiendo observado que es muchísimo lo emprendido y muy poco lo acabado y haciéndome cargo igualmente de la parte científica, que mira a las descripciones y demás trabajos literarios, quizá estarán menos adelantados que lo que yo examiné, me causó notable dolor el considerar que, siendo tan escasa la salud de este sujeto y su edad un poco avanzada, está expuesta esta grande obra á padecer un infortunio irremediable, cuyo acontecimiento sería muy digno de sentirse por muchas razones". (25).

Palabras que, por lo demás, tuvieron un alcance profético.

Pero, sin convertir en discusión de estado caso tan desconcertante como el de que el texto de la *Flora de Bogotá* no hubiese sido redactado nunca, cómo explicar hecho de este género.

Ya Monseñor Castro Silva, en su bella oración con ocasión del centenario de la muerte de Mutis,

(24) Mendoza, Diego.: *Expedición Botánica de José Celestino Mutis*, & Madrid, 1909. pág. 97.

(25) González Suárez, Federico.: *Op. cit.* Nota págs. 78-80.

en su galano y elevado estilo, avanza la que para nosotros también es la clave de este que bien pudiéramos calificar de drama esquiliano.

Escribe monseñor Castro Silva:

"...Por extraño que parezca, la tragedia del Maestro comenzó con este nombramiento que le sorprendía sin alientos, agotado y enfermo por el rigor de los climas, urgido y apretado antes de tiempo por la senectud, y con la muerte al ojo, como suele decirse. Si cuando una y otra vez solicitaba veinte años antes esos poderes para organizar la expedición, se los hubieran concedido, qué otra habría sido la suerte! A esas horas estarían ya reunidos los numerosísimos materiales, documentos y ejemplares sobre que debía redactarse la historia natural del Nuevo Reino de Granada, o cuanto menos la grandiosa *Flora bogotana*; la faena trabajosa de recoger, clasificar y dibujar, labor propia de la edad vigorosa y gallarda, ya estaría concluida, y Mutis, con cincuenta años a cuestas, podría dedicarse a pie quieto y en la paz de su estancia a construir la síntesis razonada de tantos elementos y a coordinar sus variadísimas observaciones para exhibir, finalmente, un cuerpo de doctrina bien trabado. Por desgracia, Mutis, de treinta años no halló crédito, no logró estímulo, no fue auxiliado para llevar a cabo ese monumento de "amor nacional", como él mismo lo llama (en Memorial al Rey, de Mayo de 1763). Y a Mutis de cincuenta le sobraron cédulas, títulos y poderes del Rey, pero le faltó la vida y le traicionaron las fuerzas". (26).

Alcanza la precaria y vacilante salud del señor Mutis a explicar completamente que la Expedición del Nuevo Reino de Granada se hubiese malogrado, marca de frustración que su director, de volver hoy al mundo, estoy seguro, sería el primero en reconocer y lamentar?

No, en mi sentir. Las proporciones de la empresa concebida, de noble y ambiciosa magnitud, con relación a la declinante salud del señor Mutis, sin duda que contó por mucho en que obra tan cara a su corazón no hubiese tenido realización cumplida. Pero con todo, como digo, ello no es suficiente a justificar el fracaso de proyecto que contó con tanto y tan lucido personal, que dispuso de más de un cuarto de siglo para sacar adelante sus propósitos y que disfrutó de cuantos recursos económicos solicitó. Hay, pues, que ensayar buscar al fenómeno otras explicaciones.

Entre estas últimas, incuestionablemente, debe figurar también en primera línea el sinnúmero de asuntos y de obligaciones a que simultáneamente debía el señor Mutis atender, lo que, como es apenas natural, hubo de contar en merma del tiempo que a las labores de la exposición propiamente dicha podía dedicarle. Porque, no hay que olvidar que el señor Mutis por la misma época tenía a su encargo atender a la plantación y cultivo del añil, del té de Bogotá y de los árboles de la nuez moscada, al beneficio de la canela y de la Cera de los Andaquíes, pero sobre todo, al Estanco de la Quina, iniciativas que es también verdad fue él mismo quien las presentara a la Corona, como

de prometedoras perspectivas comerciales, y que la preeminencia de su personalidad lo hacía el obligado consejero de los virreyes, en los más variados asuntos, no sólo de orden médico, cultural y científico, sino administrativo, y aún tocantes a la misma conducta religiosa del Reino. Y así es el mismo señor Mutis quien señala esta carga que pesa sobre su empresa, cuando escribe:

"...Las inmensas tareas de la vastísima correspondencia de oficio, ajustamiento de cuentas con los cosecheros de Quina, de té de Bogotá y otros ramos; y finalmente la ordenación general de las mismas para acreditar la inversión de los Reales intereses que han entrado en mi poder; trabajo que continuamente me distrae de mi principal ocupación... y que si para mí debo contarle por zero entre los diversos de esta naturaleza..." (27).

Las anteriores vallas sin embargo, no son solas suficientes a justificar el flaco balance que comentamos.

Dos otros factores muy poderosos, en nuestro sentir, tuvieron repercusión decisiva en los resultados de la expedición; hacen ellos ambos relación a la idiosincrasia del carácter del señor Mutis.

Temperamento un poco reservado, confín a la misantropía, y asáz un poco egoísta, de lo cual hubieron de quejarse algunos de sus colaboradores más íntimos —y en realidad al informar a la Corona de la marcha de la expedición su director pocas veces, si alguna, pagó el debido reconocimiento a la participación que a ellos correspondía en los trabajos de aquella—, Mutis nunca hizo amplia confianza de sus propósitos en sus compañeros y discípulos, ni propiamente los adentró en su estructuración científica, y de allí el caso desconcertante que sea sólo en 1805, veintidós años después de haber comenzado las labores de la expedición, cuando él hace venir apresuradamente a Caldas del Ecuador, y que, según palabras del mismo Caldas, en otro lugar ya transcritas:

"...En 1805 me llama con rapidez de Quito, en donde me ocupaba en herborizar, medir y observar, y en la primera conferencia me explica sus miras, que eran de ocuparse seriamente en trasladar a mi espíritu todos sus descubrimientos y todas sus ideas. Tres años y medio gastó este sabio en imponerse de su Flora y en comunicarme su ciencia botánica. Sus grandes ideas sobre la reforma del sistema, sobre sus apotologamas, sobre las Quinas, & sólo están depositadas en mi corazón..." (28).

Representa el anterior el primero de los dos factores en referencia. La reserva para con sus colaboradores, bien por falta injustificada de fe en su capacidad —a cuyos trabajos, por otra parte, uno no está bien seguro que Mutis haya prestado toda la atención que merecían—, bien por un poco de espontánea e íntima resistencia a compartir con terceros la gloria de la culminación de la ex-

(27) Gredilla, Federico A.: *Op. cit.*, pág. 211.

(28) González Suárez, Federico A.: *Op. cit.* (Carta de Caldas al Pacificador Pascual de Enrile, pidiéndole le commute la pena capital, en orden a poder salvar la obra de la Expedición de Nueva Granada).

(26) Castro Silva, J. V., Monseñor.: *José Celestino Mutis. Bogotá, 1937. pág. 226.*

pedición, fue la causa de que él guardara de ellos algunas de sus ideas e intenciones y de que en el desarrollo de los trabajos de aquella no les diera desde un comienzo toda la participación que han debido tener, para conseguir llevar la obra a buen puerto. Con la circunstancia de que cuando se encontró ante la dura realidad de que la vida se le escapaba sin haber coronado el fin, y quiso entonces encargar a un segundo de a bordo de conducir la nave al final de su destino, ya era tarde. Y él no tuvo tiempo suficiente de instruirlo en todos los secretos de la navegación, y el nuevo capitán pronto fue solicitado por las banderas libertadoras, cuya suerte le entusiasmó más que la misma ciencia, a la cual hasta entonces había consagrado todos sus instantes y desvelos.

Constituyó el segundo factor cierta indecisión de parte del señor Mutis en dar a luz trabajo taxonómico alguno, indecisión basada quizás en la inseguridad que tenía sobre la exactitud de sus clasificaciones, e hija esta última de la falta de una autoridad con quien poder discutir ciertas dificultades o aclarar ciertas dudas, fenómeno apenas natural a un botánico que se encontraba a tal distancia de todo centro científico. De ahí sus continuas consultas a Linneo, y de ahí que al ser enviado Zea a España lo primero que le pida es pasar a Francia a consultar con varios botánicos sobre algunas plantas de la *Flora de la Nueva Granada*. Hubiese Mutis ido a España durante el lapso que duraron las labores de la expedición, la suerte de ésta habría cambiado radicalmente. Una de las explicaciones de por qué los miembros de las otras expediciones que contemplamos dieron a luz aunque sólo fuera parte de sus observaciones y trabajos, fue la de que al final de su cometido regresaron a la Península. No así Mutis.

Las precedentes reflexiones para no referirme a los años anteriores a la expedición, período durante el cual, ello debe confesarse honestamente, Mutis perdió nueve de sus mejores años en las minas de Quevedo del Real de Montuosa, en Pamplona; las de Nuestra Señora del Rosario del Real del Sapo, en Ibagué, y en las de Santa Ana, en Mariquita, habiendo sido el deseo de estar cerca a estas últimas una de las razones que lo inclinaron a establecer la sede de la expedición en esta última ciudad. Ni tampoco traer a cuento los años en que estuvo permanentemente solicitado por el ejercicio de la medicina, como consecuencia "de la falta de médicos en el país y de algunos aciertos en mis curaciones" (Mutis) y por designio del Virrey Mesía de la Cerda, que lo había traído, "pues sabedor de que no había en el país médicos competentes en quienes confiar su salud, hizo siempre cuanto estuvo a su alcance, y era mucho, para retener constantemente a Mutis a su lado en Santa Fe o en donde estuviese" (29).

"Sobre lo que constituyó la mayor pasión botánica de sus últimos años, la Quina" —escribe Hoyos-Sainz, refiriéndose al señor Mutis— "se sabe que escribió tres trabajos, de los que se publicaron dos, y el tercero, tal vez el más valioso, consérvase inédito en el Jardín Botánico de Madrid. Publicóse el primero en Cádiz en 1792, y era un modesto folleto en cuarto, de 20 páginas titulado *Instrucción formada por un facultativo relativa a las especies y virtudes de la Quina*. El segundo titulado *El Arcano de la Quina o discurso de la parte médica de la Quinología de Bogotá*, se publicó primeramente en el *Papel periódico de la ciudad de Santa Fe de Bogotá*, en los años 1793-94, y más es un trabajo médico que botánico, del cual se publicó un extracto en el *Semanario de Agricultura de Madrid*, en 1798, y en la *Gaceta de Guatemala*, de 7 y 13 de diciembre de 1802 se hizo una refundición con el nombre de *De las diferentes especies de Quina y sus virtudes*" (30).

Una acalorada controversia sostuvo el señor Mutis, representado en ella por don Francisco Antonio Zea (31), con don Hipólito Ruiz (32), autor de la Flora del Perú, a propósito de prioridad y originalidad en descubrimientos relacionados con el árbol de la quina; pugna en la cual Zea llegó hasta afirmar que don Hipólito le había "quitado a Mutis la tercera parte de sus descubrimientos". —Las quininas, vale recordar aquí, ofrecían en aquel entonces no sólo un gran interés comercial, como que eran para la economía de los virreinos del Perú y de la Nueva Granada lo que el café es hoy para nosotros, sino, y de allí su valor comercial, de un excepcional interés médico, no sólo por representar la primera medicación específica conocida en medicina, sino por constituir hasta ese momento el único antídoto efectivo descubierto contra las *agues* y calenturas, es decir, la malaria, entonces y hoy la más extendida de todas las plagas que azotan al hombre. 3.000.000 de seres humanos mueren de paludismo aún hoy, anualmente, en el mundo, a pesar de tantas y tan eficaces drogas después halladas contra esta enfermedad. No era, con todo, únicamente, que la medicina de la época estuviese completamente desarmada contra la malaria: era que la acción de la quina cambiaba radicalmente la noción hasta entonces clásica de las fiebres, base de la patología médica, lo cual, en 1702, hubo de llevar al célebre clínico italiano Bernardino Ramazzini a escribir que "el descubrimiento de la quina había sido [como revolución] a la medicina lo que el invento

(30) Hoyos Sainz, Luis de.: *Op. cit.* pág. 96.

(31) Zea, Francisco Antonio: *Memoria sobre la quina según los principios del Sr. Mutis*. "Anal. Hist. Nat.", Madrid, 1800. II págs. 196-258.

(32) Ruiz, Don Hipólito, y Pavón, Don Josef.: *Defensa que hacen de las Quinas finas Peruvianas y de las de Loza, los botánicos de la Expedición del Perú, D. Hipólito Ruiz y D. José Pavón, respondiendo a la Memoria que Don Francisco Antonio Zea insertó en los "Anales de Historia Natural", cuaderno N° 5 (1800), sobre las quininas de Santa Fe y demostración de que éstas son muy inferiores a aquellas. Suplemento á la Quinología. Madrid, 1801.*

(29) Hoyos Sainz, Luis de.: *Op. cit.* pág. 80.

de la pólvora al arte de la guerra" (33). En la discusión a que nos referimos, es de justicia reconocer hoy, no toda la razón asistió a Mutis. En hechos, la obra de don Hipólito sobre la Quina (34), el primer tratado especial acerca de la quina nunca publicado en parte alguna, y obra, por cierto, de un gran valor científico, que fue en seguida traducida al alemán, al inglés y al italiano, fue cerca de dos años anterior al *Arcano de la Quina*, de Mutis.

Es más: todo permite serenamente conjeturar que Mutis, tan interesado en la materia, y quien disponía en la Corte de diligentes corresponsales, conoció la obra de Ruiz antes de publicar su "Arcano". No es esto todo: hay indicios poderosos que hacen conjeturar que dicho conocimiento fue lo que apresuró a Mutis a publicar su trabajo en un órgano tan poco apropiado para ello como era el *Papel Periódico de Bogotá*. Como consta también de correspondencia del mismo Mutis, que Mutis por mucho tiempo estuvo creyendo que la quina era distinta a la "cascarilla", nombre este aplicado en el Ecuador a la corteza de quina para distinguirla de la del Bálsamo del Perú —hasta fines del siglo XVII empleada también como corteza antifebrífuga—, más grande y más gruesa.

¿Merma la gloria de Mutis el que su sueño máximo, por alcanzar el cual desdeñó en Europa las perspectivas de una brillante carrera y comodidades de todo género, cifrado aquél en escribir la Flora, Gea y Fauna del Nuevo Reino de Granada, por las razones que hemos analizado, no haya tenido realización cumplida, más dijéramos, se haya frustrado, pérdida lamentable que no sólo lo fue para el patrimonio cultural colombiano y el de la madre patria, sino para la ciencia universal?

No. En absoluto. La obra de Mutis, en otros campos, fue tan extraordinaria, y su valor humano y científico fueron tan grandes que su memoria no sufre quebranto por este insuceso, en mucho fuera de su voluntad:

A este excelso y laborioso sacerdote, no hay que olvidar, débese la creación en la Nueva Granada de la primera cátedra de matemáticas superiores que se estableció en el Reino, cátedra que comprendía la enseñanza del álgebra, la geometría y la trigonometría, para cada una de cuyas materias elaboró texto y programa.

(33) Ramazzini, Bernardino.: *Orationes Jatrici Argumenti*, & Patavii, M.DCC.VIII. pág. 102.

Oratio Tertia: Veram Febrium Theoriam & Praxim inter ea, que ad huc desiderantur esse recensendam. Habita die 6 Novembris M.DCC.II.:

"Profecto post quam remedii usu innotuit, & premissis justis purgationibus, non semel tantum, ut olim, sed plures ad dies exhiberit ceptus, donec febrile miasma fuerit penitus exantlatum, talem circa Febrium doctrinam, ac illam curandi methodum factam fuisse [mutationem] fateri oportet, qualem in re militari post inventum pulverem pyrium omnes norunt".

(34) Ruiz, Hipólito.: *Quinología, ó Tratado del Arbol de la Quina.*

A él se debe la introducción en el país de las enseñanzas de la física y la astronomía y la creación del primer Observatorio Astronómico de América, obra del ilustre arquitecto el lego capuchino Fray Diego Domingo de Petrés, autor también de los planos de la Catedral Metropolitana de Bogotá, impulsando con tan magnífica realización el estudio de las condiciones del tiempo, de las latitudes y de las alturas, y divulgando por primera vez entre nosotros el Sistema Planetario de Copérnico, de que la tierra gira sobre su eje y alrededor del sol, del que las doctrinas newtonianas de la gravitación universal son el corolario, magisterio que al desafiar la tradición escolástica, representada en la "Universidad Dominicana" del Nuevo Reino, que aún defendía el Sistema de Ptolomeo, le valió en 1774 ser acusado por sus impugnadores ante el Tribunal de la Santa Inquisición, como heterodoxo, repitiéndose con ello el caso de Galileo. Realizó el señor Mutis en materias cosmográficas observaciones tan interesantes y de tan alto valor como las acerca del "influjo de la Luna sobre las variaciones diarias del barómetro" y las relativas al paso del planeta Venus sobre el disco solar, llevando estas últimas tan adelante como para permitirle afirmar y predecir que "un paso tan favorable como el de 1769 no llegará a verificarse sino dentro de mucho tiempo", y que "en el año 2012 se lograrán, con poca diferencia, las mismas ventajas que con el de 1769", pero que, sobre todo, "en el día 5 de julio de 2255 pasará Venus sobre el Sol con circunstancias más favorables que en este siglo" (35).

Débese a su cooperación, en mucha parte, la conservación de las gramáticas de las lenguas Chibcha o Mozca y Saliba y del diccionario de la lengua Achagua, contribuyendo así a salvar de su completa desaparición uno de los mayores tesoros de las lenguas nativas, tarea en la que, debe reconocerse, en relación con todas ellas, desplegaron por lo común un gran celo todos los misioneros.

Fue debido a Mutis aporte fundamental a la industria de la minería en el país y a la prosperidad de su comercio, a cuyo objetivo envió a Suecia, por cuatro años, sufragando sus gastos, a don Clemente Ruiz, a estudiar los sistemas allí en uso para la explotación de los minerales, lo que dio como resultado, en la obtención de la plata, la substitución del procedimiento llamado de los *patios* o de amalgamación por el de fundición, más económico y de mayor rendimiento.

Es debido a Mutis el primer Plan racional de Estudios para la enseñanza de la medicina en Colombia, plan concebido de acuerdo con todos los adelantos médicos de la época, el cual introducía, entre otras innovaciones, la creación de una cátedra de Química, como previendo ya la importancia capital que en el siglo siguiente y en la mitad

(35) Hoyos Sainz, Luis de.: *Op. cit.* págs. 185-186.

del actual iba a tener la Bioquímica, con los adelantos conseguidos entre otras materias en la ciencia de la alimentación y en el descubrimiento de las vitaminas. Dicho Plan de Estudios Médicos de Mutis, por su misma concepción, dio por otra parte un vuelco fundamental a la medicina en Nueva Granada, sacando esta del campo supersticioso, empírico y teórico al de la observación y de la investigación, es decir, enrubándola por los postulados hipocráticos y galénicos, hoy todavía clásicos, y elevándola a la categoría de sacerdocio.

Débense a él contribuciones inestimables en el campo de la higiene, al hacerse abanderado del mejoramiento de la salud del pueblo neogranadino, mediante el mejoramiento de sus condiciones de vida y alimentación, y como que, en razón de sus conocimientos y roce con los virreyes, de hecho se convirtió en Inspector General de Sanidad del Virreinato, informando y asesorando a aquellos en numerosos asuntos relacionados con la salud pública, tales, en lo relativo al establecimiento de la práctica de la vacunación, sobre la cual la metrópoli venía de comisionar al Nuevo Mundo un emisario que explicara y propagara su uso, y que Mutis desde el primer momento secundó con gran entusiasmo; o a las condiciones que debían reunir los cementerios y a la manera de hacer las inhumaciones y la práctica de dar sepultura en las iglesias, propugnando ya para aquellos tiempos los tres principios que hoy son claves en la materia, a saber, que el cementerio esté a cierta distancia del área central urbana; que sea abierto, en forma que reciba a toda hora el sol, y que esté arborizado, para en tal forma aprovechar el asombroso poder antiséptico, que él ya entonces

descubría, de las radiaciones solares y de las combustiones vegetales; o, por último, y para no citar más casos, sobre la manera de combatir ciertas plagas.

Débense a Mutis en el país las primeras lecciones de Historia Natural y el que formara en dichas ciencias —que hoy siguen cultivándose en Colombia con devoción— discípulos tan eminentes como Caldas, Lozano, Restrepo, Valenzuela y Zea.

Débese a él, por último, y para no extendernos en enumeraciones, no por lo menos llamativas, de valor escaso, la fundación de la primera Escuela de Pintura del Reino, a cuyos alumnos aventajados estimulaba ofreciéndoles participación en los trabajos de la expedición.

En otras palabras, Mutis estudió nuestro suelo, reformó la enseñanza, nos dio la ciencia, mejoró la higiene, modificó las costumbres, levantó templos al saber, propagó la fe y, como monseñor Castro-Silva escribiera, sin pensarlo, pero quizás sospechándolo, por aquello de que predicaba como aforismo a sus discípulos que “la verdad os hará libres”, encendió en Colombia la llama de la libertad. Por ello, con justísimo título, lo llamó el doctor López de Mesa el *Protoprócer* de la Independencia.

Para cerrar este juicio, se podría finalmente afirmar: seguramente pocos hombres han ejercido influencia personal más honda sobre el desarrollo cultural de un país y sobre su destino político como la que ejerció don José Celestino Mutis, hijo adoptivo de Santa Fe de Bogotá, sobre los destinos de Colombia.